



Bohumil Hrabal

La pequeña ciudad donde se detuvo el tiempo

Traducción del checo de Monika Zgustova



BOHUMIL HRABAL

La pequeña ciudad donde se detuvo el tiempo

Traducción de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Městečko, kde se zastavil čas*
Traducción del checo: Monika Zgustova

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: mayo 2013
Primera edición en este formato: octubre de 2020

© Bohumil Hrabal Estate, Zürich, Suiza, 1978
© de la traducción: Monika Zgustova, 1995
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 18159-2020
ISBN: 978-84-18218-30-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones pre-vistas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si ne-cesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Cuando regresaba de la escuela, me gustaba bajar al embarcadero donde estaban ancladas las barcazas de arena, las barcas de las que los descargadores se llevaban la arena húmeda y la transportaban, una carretilla tras otra, por unos tablones que servían de puente. Con gigantescas palas cogían la arena, y sus movimientos tenían tanta gracia y tanta agilidad que parecía como si lo que recogieran fueran fluidas y vaporosas nubes que brillaban en el sol, y es que cada uno de esos minúsculos granitos reflejaba todos los colores del arco iris. Una vez les pedí a los descargadores que me dejaran llenar una carretilla de arena, de aquella arena que el río había traído de la montaña –y si no la hubiesen dragado, el Elba seguramente la habría empujado hasta Hamburgo y luego hasta el mar–, pero cuando iba a levantar la carga, pensé que la pala se había metido debajo de las hojas metálicas del fondo de la barca; y entonces tuve que sacar la pala y volver a hundirla, toda mojada, en aquel montón de arena para luego intentar alzarla con dificultad, como si tuviera que sacarla del

asfalto o de goma arábica, alcé la pala por encima del tablón, pero no pude llevarla hasta la carretilla porque de repente se me cayó de las manos; los descargadores se rieron de mí, mientras yo admiraba con los ojos sus cuerpos desnudos, todos tenían los brazos llenos de tatuajes de anclas y de señoritas, y uno de ellos me dejó de piedra, fascinado porque su dibujo representaba una barca, un pequeño velero, le miraba con los ojos llenos no de lágrimas sino de la convicción de que yo también tendría que llevar un velero tatuado en el pecho, de la seguridad de que no podría vivir sin un velero en el pecho, y me decía que una barca tatuada en el pecho tenía que calentar el cuerpo y el alma, y que yo también debería tenerlo. Dije: «¿Ese dibujo se puede lavar?». Pero el hombre ese estaba ocupado cogiendo una palada de diez kilos tras otra y echándolas en el carretón, para, luego, hundir la pala en el montón de arena; cuando se inclinó para hacerlo, la barca de su pecho quedó a mi altura, y él atravesó alegremente el tablón, descalzo, sus pies desnudos surgían del mono azul, allí donde se acababa el tablón hizo más fuerza, vació la carretilla y regresó velozmente con ella, se sentó en el tablón, a mi lado, encendió un pitillo y se tragó el humo con tanta potencia que faltó poco para que se consumiera todo el cigarrillo de golpe, y yo miraba cómo en el pecho de ese hombre la barca se hincha y crecía, como si se acercara al puerto... y cuando el descargador espiraba, la barca se volvía cada vez más pequeña, se alejaba, se balanceaba en las olas

que producía su pecho, al compás de los latidos de su corazón, fuertes después de todo ese trabajo. «¿Tanto te gusta?», se sorprendió el descargador al fijarse en mis lágrimas. «Sí», dije, «yo también quiero una, ¿cuánto vale una barca así?» Levantando un brazo adornado con una sirena, dijo: «Me la tatuaron en Hamburgo, por una botella de ron». Dije: «¿Y una barca así solo la tatúan en Hamburgo?». Ante mis ojos asustados el descargador se echó a reír; meneó la cabeza y con el humo exhaló palabras de consuelo. Su ancla, dijo, además del corazón atravesado por una flecha, se los había tatuado, por una copa de ron, un tal Alois, un asiduo de la Taberna del Puente. «¿Y a mí también me la tatuaría?» El hombre se levantó, se subió el mono, que se le caía, se quitó la gorra sudada y dijo: «¡Hombre, claro!», y se limpió la gorra y... ¡quién lo hubiera dicho!, ese hombre que estaba moreno como un indio o como un anuncio publicitario de cremas bronceadoras, de tanto llevar la gorra tenía la frente blanca como la nieve, totalmente distinta del resto de su cuerpo, me recordaba los santos mártires de la iglesia parroquial, cuya frente emitía rayos, como si a cada santo se le reflejara el sol en su frente de espejo convexo. Me fui corriendo, agarrando con las palmas de las manos las correas de mi cartera llena de libros escolares, una cartera de tela de color azul marino con un barco tejido delante, yo corría con la gorra de marinero, un lazo negro volaba detrás de mi cabeza, al igual que el cuello marinero de mi chaqueta, que

se había salido de las correas que aguantaban mi cartera, llena de libros de texto y de cuadernos, y todo eso volaba detrás de mí y la cinta negra flotaba en el aire, como la campana de un barco, como una baliza, yo corría diciéndome que pronto tendría una barca indeleble tatuada en el pecho, una barca a la que yo sería fiel porque cuando fuera mayor sería marinero y nada más que marinero.

La primera persona a quien le confesé mi deseo de tener una barca tatuada en el pecho fue el señor párroco a quien yo hacía de monaguillo, y es que él también había hecho algo parecido: como prueba de su fidelidad al señor se cortó un círculo de pelo en medio del cráneo. El señor párroco Spurný era una persona maravillosa, hablaba un checo macarrónico mezclado con el dialecto de su Silesia natal, según el señor párroco incluso Dios hablaba su dialecto, y es que nuestro párroco solía charlar con Dios, por lo menos eso afirmaba desde el púlpito, contaba que Dios le había dicho: «Spurný, hijo mío, toro pelado, te he confiado unas ovejas limpias y puras y tú me traes al cielo a una pandilla de cerdos que apestan a aguardiente...». Un párroco como ese, me dije, seguro que me daría la bendición si me arrodillo ante él vestido con mi alba de monaguillo, con las palmas de las manos juntas, cabizbajo, y si le cuento lo de la barca. Pero el señor párroco tenía prisa, rápidamente se quitó su sobrepelliz y se tomó un trago de vermut –el señor párroco no bebía nada más que vermut, y cuando nos dirigíamos a una extremaunción,

siempre llevábamos una botella de vermut en el cesto junto con los santos óleos y la patena—, de modo que me arrodillé en la sacristía para mirar a ese Jesucristo dorado que surgía de las peonias y del jazmín, y me di cuenta de que él también tenía un corazón tatuado en medio del pecho, un corazón rodeado por un jardincillo hecho de rosas silvestres llenas de espinas... y así pasó que cuando recogía las limosnas, tomé cinco coronas, pero enseguida las devolví a su sitio; pero luego tomé definitivamente esa moneda de cinco coronas, como préstamo, convencido de que la devolvería, y eso es lo que le dije al Jesucristo dorado: «Palabra de honor, juro por mi alma que solo la tomo como préstamo...», y enseñé esa moneda a Jesucristo para que viera que lo que le decía no era una mentira, que de verdad no cogía nada más. Yo charlaba a menudo con Jesucristo, a Dios le tenía demasiado respeto, no me atrevía a conversar con él, sobre todo después de aquella historia con Farda, un campesino: corrían rumores de que se pasaba las noches peleándose con Dios, a gritos, ambos se echaban broncas mutuamente... y ese campesino, un día en que amenazaba tormenta, estaba llevando el último carro rebosante de heno —yo precisamente regresaba de la escuela— y le metía prisa a su caballo, cada vez más, para dejar el heno en casa antes de que empezara el chaparrón, pero en el puente ya caían gotas y en seguida cayó un aguacero y Farda, el campesino, cogió puñados de heno mojado y los lanzó hacia arriba, vociferándole a Dios: «¡Va, come, hala!

¡Atragántate!». Y Dios le contestó mandando un rayo que partió un chopo del camino de sirga, y los caballos temblaron y yo también temblé, y los clientes de la Taberna del Puente, que observaban ese espectáculo protegidos por el techo, cayeron de rodillas, no por miedo de Dios, sino estupefactos a la vista del rayo, y aún más por el olor de ese rayo, una bola de fuego que corría por encima de la barandilla del puente como un gato relampagueante, forjado de electricidad.

Ese día había mucho ambiente en la Taberna del Puente. «Vamos, hombre, ¿quién es ese pequeño marinero?», exclamó el señor Alois cuando me planté delante de él con mi chaqueta de marinero y la gorra blanca con el lazo negro que caía hacia atrás. «¿A ver?», dijo el señor, quitándome la gorra para leer la inscripción en voz alta: «Hamburg-Bremen», y se puso la gorra en la cabeza y yo era feliz y reía y me encantaba ver que el señor Alois me tratara con tanta amabilidad. Y el señor Alois, con mi gorra sobre la cabeza, hacía unas muecas tan divertidas que yo reía a mandíbula batiente como todos los demás, como toda la mesa de asiduos, y me prometía que cuando fuera mayor me sentiría honrado de poder sentarme a la misma mesa con señores como esos, unos hombres campechanos que vivían en el agua. Como al señor Alois le faltaban varios dientes, su labio inferior se montaba encima del superior, con el morro inferior llegaba a taparse la punta de la nariz, y así deambulaba por el local y en su mesa de descar-

gadores de arena todo el mundo aplaudía y uno de ellos pidió cerveza para todos y, además, una ronda de coñac. Y yo me decía, si aquí, en la Taberna del Puente, hay todo ese ambiente, ¿cómo será en Hamburgo, allí donde yo iré a parar cuando sea mayor? Y dije: «¡Señor Alois, eso es para usted, para tomarse una copa de ron bien grande!». Y el señor Alois me caló la gorra en la frente, justo encima de las cejas, así que cuando alcé la vista, vi la cinta de la gorra. Y tendí la moneda de cinco coronas al señor Alois. «¿De dónde has sacado ese dinero?», dijo el hombre con desconfianza. «Le pedí a Dios que me los prestara», contesté asintiendo con la cabeza para mí mismo y la gorra se me deslizó encima de los ojos; soplé hacia arriba para volver a colocármela bien y toda la mesa reía y el señor Alois dijo: «¿Has hablado con él de verdad?». Y todo el mundo callaba. «¡Hombre, ya lo creo!», dije, «pero quien me dejó el dinero fue su hijo, el señor Jesucristo en persona», les conté y en seguida añadí: «Pero señor Alois, él me dejó esas cinco coronas solo para que usted me tatué una barca muy bonita, como la que le tatuó aquí al señor...». «Korecky», dijo el descargador. «Eso mismo», dije, «al señor Korecky.» «Vaya, hombre, si el mismo Jesucristo te lo pidió, pues se tendrá que cumplir. ¿Cuándo quieres que nos pongamos a hacerlo?» «¡Ahora mismo!» «¡Vaya pájaro!», dijo el señor Alois, «pero ahora mismo no tengo aquí las agujas de tatuar ni la tinta.» «Vaya a buscarlas», le sugerí y el señor Alois salió corriendo, tal como estaba, en

mangas de camisa, y los clientes me preguntaron por el párroco, si solo tenía dos cocineras o si ya había cogido otra más. Y yo, para mantener a los presentes contentos y dispuestos a tatuarme, dije: «Tres no, no hay que pasarse. Dos, pero muy jovencitas...», y todos los que estaban sentados en nuestra mesa gritaron de entusiasmo y repetían como una letanía: «Dos, pero muy jovencitas...». «Sí», dije, «y cuando el señor párroco está de buen humor, entonces una de sus cocineras se sienta en una silla, él se agacha, coge la silla por dos patas y, ¡hala!, levanta a la hermosa cocinera hasta el techo y sus faldas revolotean alrededor de la cara...» «¡Ay ay ay!»», rugía toda la Taberna del Puente, «y las faldas revolotean alrededor de su cara...» «Sí, y así levanta primero a una y luego a otra, y a nosotros los monaguillos también, porque es fuerte como un buey, tiene seis hermanos, su padre era un gigante, cuando cascaban las nueces, el padre del señor párroco ponía la mano sobre la mesa y los niños le levantaban un dedo y debajo colocaban una nuez y soltaban el dedo y, ¡pataplum!, ¡la nuez se rompía en mil trozos!». Y los presentes exclamaban: «¡Ay ay ay! ¡Y pataplum! ¡La nuez se rompe en mil trozos!». «Sí, señores, pero eran muy pobres y cuando se sentaban a la mesa todos juntos, la madre ponía una fuente llena de patatas delante de esos siete mozos, todos con su cuchara preparada... y la madre hacía un ¡clie! con las uñas contra la mesa y todas las cucharas se echaban al ataque de las patatas, y quien no se daba prisa no comía, y el señor

párroco era el más débil de la familia, así que dijeron: ¿qué vamos a hacer con él? Trabajando de molinero no levantaría cuatro sacos de harina sino dos como mucho, esos sacos de ochenta kilos, así que... ¡que se haga cura!» Y en ese momento entró el señor Alois con un maletín, uno de los que llevaba el señor Slavíček, el barbero, o el señor Salvét, el castrador de cerdos. Y el señor Alois cerró la puerta de la taberna y me hizo un gesto, y yo me quité la chaqueta de marinero por encima de la cabeza, y cuando volví a ver la luz, el señor Alois dijo: «Dime, hijo mío, ¿qué clase de barca quieres, rey? ¿Un barco grande? ¿O una barca de pescador? ¿Una yola? ¿O tal vez un vapor?». Dije: «¿Usted sabe tatuar barcas de todas clases?». El señor Alois asintió y de golpe dejó de estar borracho, se puso solemne, hizo un gesto a uno de los descargadores de arena, el que estaba sentado en un rincón de la mesa, no aquel con quien había hablado sino el que trabajaba con la gorra puesta—ahora descubrió su cabeza para quitarse la camisa, y la mitad de su cráneo brilló en la sala con tal resplandor que parecía que un foco le saliera de la frente e iluminara su cuerpo moreno, donde no quedaba espacio alguno sin dibujo o escena tatuada, allí se podían admirar anclas y corazones e iniciales y barcos y escenas con dos personas desnudas y mujeres en cueros—, me puse rojo y entonces el descargador se dio la vuelta y yo, después de haberle observado la espalda, elegí una barca sencilla, una barca de pescadores como las que suelen dibujar los niños, y dije:

«Quiero que me tatúe esto». Y el señor Alois me colocó sobre papel de periódico extendido encima de la mesa. «¿No me hará daño?», pregunté y me eché de espaldas y me quedé así, cegado por la bombilla. «No, hombre, solo unos pequeños pinchazos... ¿Una barca, pues?» «Sí señor», respiré y un dulce sueño empezó a apoderarse de mí, y luego sentí que una aguja me pinchaba ligeramente, después me mojaron el pecho con un trapito o con un trocito de algodón, y los clientes de la taberna me rodearon y yo estaba echado entre ellos como una bolita de esas que corren arriba y abajo por la ruleta entre los jugadores... y oí: «Qué quilla tan bonita... Ponle un par de velas... Una buena barca ha de tener buenos costados... Una profunda línea de flotación y un timón sólido...». Y el señor Alois me dijo en voz baja: «No respire, solo con la nariz...». De modo que estaba echado de espaldas, me despertaba la aguja, que me picaba rítmicamente, pero en las pausas entre picada y picada dormía dulcemente... Entonces el señor Alois me volvió a decir bajito que ya tenía la barca tatuada, me incorporé, estaba sentado encima de la mesa y me rodeaban jarras de cerveza y nada más que jarras de cerveza y hombres que brindaban por mí, acerqué la barbilla al pecho para mirar mi barca y todas las jarras brindaron con mi cabeza y todo el mundo reía y el señor Alois me puso la camisa y luego la chaqueta y me acordé de que vivía en la otra punta de la ciudad y que tenía un buen trozo de camino para llegar a casa, de modo que me incliné ante

el señor Alois, él me estrechó la mano y todo el mundo brindó por mí otra vez, cantando: «¡Viva, viva, viva!», y yo estaba clavado como un poste en medio de todos y saludaba militarmente con la mano sobre la gorra de marinero y luego salí corriendo en la penumbra del anochecer.

Cuando atravesaba el puente, me vi atrapado en una especie de tormenta de nieve, miles de efímeras caían de las farolas de encima del puente empedrado, las aceras estaban resbaladizas como cuando hiela, pero las farolas lo iluminaban todo despiadadamente, y nubes enteras de efímeras subían desde el río hacia la luz, parecían mariposas blancas con alas anchas que emergían del río oscuro, insectos alados que subían para que la luz que las había atraído de la superficie del agua las echara abajo, las chafara sobre las aceras y la carretera donde las ruedas de los coches resbalaban y la gente caía como cuando hiela en Nochevieja. Me puse la mano en el pecho, respiraba y sentía que mi barca subía como si se encaramase a las olas del mar, y en ese momento me moría de ganas de poder mostrar mi barca al señor párroco y a sus dos cocineras, me desvié del pavimento iluminado, arrastrando los pies hundidos hasta las rodillas en esas mariposas agonizantes, las tomaba en las palmas de las manos y sentía cómo se movían, pero iban enfriándose al igual que el río del anochecer, de cuya superficie no cesaban de subir más y más nubes de efímeras, como copos de nieve... De golpe resbalé y caí y exclamé del susto: «¡Se me ha roto la barca!».

Pero la barca no era de papel ni de alambres ni de cerillas, estaba firmemente anclada en mí y sobre mí, solo se podría recortar con un cuchillo y arrancarla así de mi corazón, porque era con el corazón con el que había prometido fidelidad a esas barquitas pequeñas y barcos grandes. Sin hacer ruido abrí la puerta del jardín, tuve que introducir la mano para poder coger el pestillo del otro lado, en silencio me introduje en el patio de la parroquia, la luz surgía de dos ventanas y las efímeras llegaban hasta allí, temblaban en las ventanas y formaban un dibujo lleno de lágrimas blancas y móviles, la parra subía por el marco de la ventana hasta el tejado y a la luz sus ramas parecían cabellos y rizos de las jóvenes cocineras, esos rizos que siempre escondían, ora detrás de las orejas, ora debajo del gorro. Me dije: ¿qué estará haciendo el señor párroco?, tampoco se trata de sorprenderle si por ejemplo está levantando a sus dos cocineras en la silla y las lleva por la sala y rozan el techo con su cabello y gritan y agitan los pies calzados con zapatos negros, de modo que subí por la escalera de mano, abriéndome paso a través de la parra, y cuando miré qué pasaba en la parroquia, no podía dar crédito a mis ojos, nunca hubiera pensado que el señor párroco fuera tan fuerte. En principio creí que ascendía a las cocineras a un grado superior, atándoles una estola en la cintura, porque él se arrodillaba ante ellas y las ataba, primero a una, después a otra, pero no con una estola sino con una toalla muy larga, y al igual que yo, las cocineras también

ignoraban qué pasaría con ellas a continuación... Y el señor párroco empezó a levantar a las muchachas, ambas a la vez, de modo que no tocaban el suelo, estaban colgadas como unas muñecas y se daban golpecitos mutuamente con las frentes, se apartaban riendo del señor párroco y descubrían su cara ante mis ojos, y él las levantaba y olía sus barriguitas y lo que hay un poco más abajo... Luego las dejó en el suelo, soltando esa risa tan particular —que ponía los pelos de punta, como decía Farda, el campesino, al describir la manera de reír del señor párroco—, y se arrodilló ante las muchachas y yo sufría pensando que olería incluso sus culitos, al igual que los perros o los gatos, pero pasó un milagro, el señor párroco se puso de pie y llevó a las dos cocineras entre los dientes, sí, entre los dientes llevaba fuertemente metida aquella toalla y trajinaba a las chicas a través de la sala, abierto de brazos como un artista profesional, y las cocineras agitaban sus zapatitos y sus manos y soltaban risitas, parecían dos siamesas unidas por la columna vertebral de la toalla, y los dientes del señor párroco se mantenían firmes y yo pensaba: qué sorpresa hubiera sido si, en las bodas de Caná, Jesucristo, en vez de hacer el milagro del vino, hubiera trajinado así, a través del banquete de bodas, a la novia y a María Magdalena, eso habría causado más furor, más sensación y hubiera servido de refuerzo a la fe católica porque una fuerza como esa atrae no solo los corazones de las mujeres sino también los de los hombres, sobre todo los de los descargadores de are-

na y los de los marineros. Y cuando el señor párroco hubo jugado lo suficiente, dejó a las muchachas en el suelo y se desplomó, se repanchingó en el sillón con un ojo como si le hubieran pegado un puñetazo, el pelo húmedo le caía sobre la frente y la camisa se le había desabrochado, y a cada lado tenía a una chica: una, medio arrodillada, le ofrecía un trozo de asado, otra le servía el vermut en una copa... Y entonces llamé a la puerta y las cocineras se precipitaron a abrirme y yo entré con mi vestido marinero y mi gorra de marinero, redonda, adornada con la inscripción «Hamburg-Bremen», y el señor párroco se asustó creyendo que le tocaba salir para una extremaunción: «¿Qué sucede?», preguntó. Sorbió un poco del líquido, y luego otro poco más, levantando el codo y me dije que le enseñaría a él y solo a él aquello a lo que había decidido dedicar mi vida. Me quité la gorra de marinero y la chaqueta, alargándoselas a una de las cocineras, me levanté la camisa hasta la barbilla y me arrodillé diciendo: «Padre, ¿me da su bendición?». Las muchachas chillaron y el señor párroco se levantó sin quitar los ojos de mi pecho, guardó un rato de silencio, solo se oían los tiernos golpecitos de las efímeras contra el cristal de la ventana, y entonces el señor párroco me acarició el pelo diciendo: «¿Quién te lo ha hecho?». «El señor Alois, en la Taberna del Puente», contesté. «¿Qué representa ese dibujo?», y el señor párroco me volvió a pasar la mano por el pelo. «Una pequeña barca con un ancla.» El señor párroco me llevó ante un

espejo, me cogió por las axilas, y yo me vi en el pecho un dibujo tatuado que representaba a una sirena, en su bajo vientre crecía una barba, tenía pechos y ojos grandes como platos, y la sirena desnuda tenía la misma sonrisa que aquella señorita del bar Žofín, la muy marrana, que al verme había sacado su lengua enrollada, y la había ido estirando lentamente como un diablo de la fiesta de San Nicolás.